

HACE ALGÚN TIEMPO, CUANDO LA SALUD DE SU Santidad Juan Pablo II empezó a deteriorarse de modo ostensible, le pregunté al Padre Jesús Espeja, op, quién creía iba a sustituir al actual Papa. Los que conocemos al Padre Espeja sabemos que sus respuestas siempre son claras, iluminadoras, sabias. No he podido olvidar lo que me dijo entonces: “quién quiera que lo sustituya lo hará bien porque no son los hombres sino la Iglesia y Dios quién obra por ellos. Yo creo en la Iglesia y en Jesús, no en los hombres. Ahí tienes a Juan Pablo II. ¿Quién diría hace más de veinte años que un polaco casi desconocido en el mundo haría tanto por la Iglesia y por la gente?”.

Charisma es un don gratuito que permite llevar el bien a todos, y San Pablo decía que dentro de esa cualidad se incluye la de ser apóstol, profeta, maestro, pastor y poseedor del don de lenguas. Todo esto reunía Juan Pablo II en su personalidad de forma natural, auténtica.

por Francisco ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Juan Pablo II: LIDERAZGO Y CARISMA

En efecto, la historia de la Iglesia resulta muchas veces paradójica e incomprensible a primera vista. Cuando Karol Wojtyla apareció ante el público el 16 de octubre de 1978 tomando como nombre Juan Pablo II, desafió no solo las predicciones de los *vaticanistas* más experimentados sino a los propios fieles italianos, acostumbrados desde 1523 a saludar como Papa a un coterráneo suyo. Sorprendió a los contendientes de la Guerra Fría, en su clímax entonces, porque un hombre venido de un país comunista siempre sería un enigma en sus posiciones políticas. Asombró a obispos y ordenados, porque aunque había participado activamente en el Concilio Vaticano II, la *revolución* producida a partir de éste todavía caminaba sin rumbo definido en muchos asuntos doctrinales e incluso de orden práctico.

Quizás el más conmovido de todos fuera el mismo Juan Pablo II. Su primer mensaje al mundo fue revelador: *No tengan miedo, abran sus corazones a Cristo*. De alguna manera también él sentía, como aquellos apóstoles primeros de los que había tomado el nombre, Juan y Pablo, temor por la enorme responsabilidad de llevar la Iglesia por nuevos caminos.

No se trataba de una elección casual, un Papa de transición, como suele llamársele a los pontífices elegidos para corto tiempo. Su antecesor, Juan Pablo I, había muerto a pocas semanas del acceder al papado y tal vez los cardenales electores querían asegurar un período más prolongado. Era joven Juan Pablo II –apenas 58 años– y gozaba de la buena salud que le había dado una vida austera, haber hecho trabajos físicos duros, y ser un deportista impenitente.

Bendigan a quienes los persigan;
bendigan y no maldigan. Alégrese
con los que están alegres, lloren con los que lloren.
Vivan en armonía unos con otros.
No busquen grandezas y vayan a lo humilde;
no se tengan por sabios.
San Pablo a los Romanos 12, 14-16

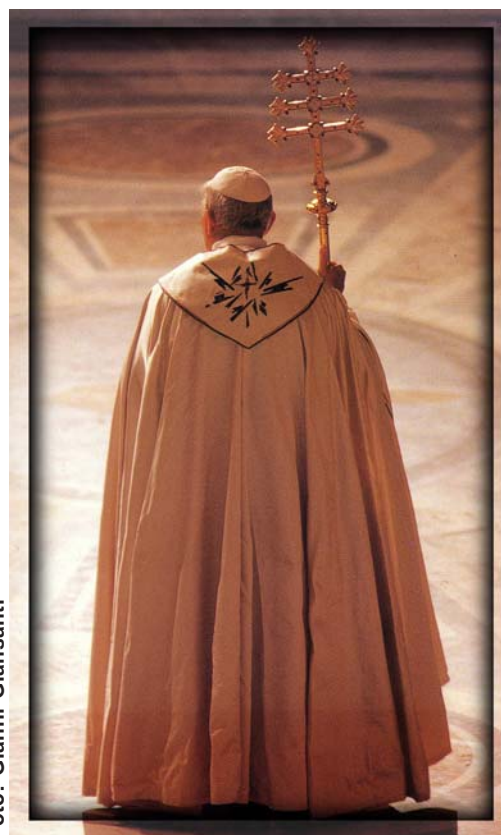


Foto: Gianni Giansanti

Pero entre ser designado y llegar a convertirse en el líder que quería la Iglesia y necesitaba el mundo de aquellos días se abría una gran incógnita. De elegido por el *poder* tendría que llegar a ser identificado como un líder auténtico no solo por católicos, también por los cristianos de otras iglesias, los no creyentes en Cristo, los hebreos, y sobre todo un líder espiritual y moral para el mundo secular, enrolado ya en una peligrosa carrera armamentista que parecía no detenerse y avizoraba un trágico final.

Si un rasgo de su liderazgo, entre muchos, habrá que estudiar en el futuro, es su capacidad de sorprender, de desconcertar nuestras muy limitadas facultades humanas y desarmar aquellas ataduras que nos impiden ver más allá de las circunstancias. En eso el Cristianismo, y Juan Pablo II, la cara visible de Cristo en las postrimerías del Segundo Milenio, fue paradigmático. Desde el primer día mostró a todos la parte humana que nos debilita, el miedo, y su solución, abrirnos a la trascendencia del Absoluto. Hombre de su tiempo, él mismo había sufrido en lo personal y familiar el totalitarismo, y el temor que se siente cuando la desesperanza anida en el corazón de los seres humanos.

Poco a poco el mundo fue conociendo que detrás de las primeras brillantes encíclicas, como *Redemptor hominis* (Redentor del hombre, 1979), había un apóstol como Pablo, capaz de llevar el mensaje a todas las comunidades de la Tierra sin límite de tiempo, ideologías o barreras lingüísticas. La coherencia de este hombre entre su pensamiento, sus sentimientos y sus acciones le fueron ganando el corazón de creyentes y no creyentes. Como Pablo, era capaz de hablar para el más selecto auditorio y también para los pobres de África, América o Asia. Los seres humanos tenemos una especial sensibilidad para captar la integridad de los líderes, más allá de estar de acuerdo o no con sus propuestas. Muy pronto el casi *desconocido* Papa polaco se hizo además de referente en temas eclesiales y teológicos, una autoridad moral y ética cuya palabra empezó a transformar la vida de personas y pueblos.

Pero no solo era simpatía lo que despertaba en la gente Juan Pablo II. Eso, y quizás mucho más que él, lo había logrado Juan XXIII. Karol Wojtyla tenía una cualidad especial que los psicólogos llaman ser empático; significa colocarse en el lugar de los demás, y sentir lo mismo que sus semejantes. Esa conexión intangible, sobre todo con las grandes y diversas masas humanas, es algo infrecuente, diría que excepcional en nuestros días. Las anécdotas de sus viajes son muchas, y no hay espacio para narrar algunas de ellas. Baste solo anotar que la empatía de Juan Pablo II con los niños y con los jóvenes dejaba atónitos hasta a sus allegados colaboradores, a pesar de estar *acostumbrados*

a las sorpresas. A estos últimos, los jóvenes de hoy, el Papa les hablaba de temas complicados, difíciles de asimilar en un mundo secular, hedonista y consumista. Al contrario de lo que podría esperarse, muchos jóvenes cambiaron radicalmente sus vidas tras escuchar y sobre todo *vibrar* con el amor del Papa.

¿Un hombre carismático? Sin duda. *Charisma* es un don gratuito que permite llevar el bien a todos, y San Pablo decía que dentro de esa cualidad se incluye la de ser apóstol, profeta, maestro, pastor y poseedor del don de lenguas. Todo esto reunía Juan Pablo II en su personalidad de forma natural, auténtica.

Pero hubo más, y quizás empezaremos a comprenderlo ahora que habita en la Casa del Padre. En un planeta donde se premia la belleza del físico por encima de la del espíritu, el consumo sobre la moderación, la ideología más que los sentimientos, el poder más que el deber, Juan Pablo II llevó la cruz de su sufrimiento hasta límites que parecían imposibles. La televisión de hoy, tan dada a las especulaciones y los golpes de efecto, lo tomaba en sus temblores, su marcha tambaleante, la voz entrecortada, y el hilillo de saliva que brotaba de su boca por la rigidez muscular que en el rostro le iba provocando la enfermedad de Parkinson. Personas entrevistadas en todas las latitudes decían que el Papa debía renunciar. Unos lo hacían con un sentido de compasión. Otros, porque molestaba tanta fortaleza. Fuerzas que volvían a sorprender a quienes próximos a él lo sabían un trabajador infatigable. Ambas posiciones, aunque comprensibles, no logran captar el último mensaje del Papa a nuestro tiempo.

Su ofrenda final fue más una experiencia, una vivencia, que una de sus lúcidas obras teológicas o una renuncia pertinente. Volvió Karol Wojtyla a seguir los pasos de San Pablo: el compromiso y el sufrimiento tienen un efecto liberador cuando se dan desde el amor. Sabía Juan Pablo II que lo que convierte a los hombres no es una lectura o una ceremonia bonitas, sino el testimonio vivo: hacer llegar a los otros la milagrosa obra del amor. Juan Pablo II no renunció al *trono*, pero sí renunció a lo fácil, a lo *lógico*, a lo *políticamente correcto*.

Justamente, haber ido siempre contra la corriente en una sociedad globalizada que parece preferir los flotadores más que las brazadas, le ganó la admiración aún de quienes muy alejados de la doctrina católica, tienen la suficiente honradez e inteligencia para admitir semejante liderazgo ético y espiritual. De ese modo, en la mente de todos los que le hemos sobrevivido, Juan Pablo II actualizó en el naciente siglo XXI –buena falta hacía– uno de los grandes significados del Cristianismo: se ama más en la medida que se es capaz de renunciar a uno mismo en bien de los demás. Es la clave de la felicidad. Su último mensaje antes de morir fue: *Soy feliz, séanlo ustedes también.* Ω